

Imagine a scholar. Is it a woman?

Segunda parte. Mayarí Castillo y Carmen Ibáñez

Mayarí Castillo: cuando hay desigualdad no existe el mérito, solo el privilegio

Hace unos meses atrás me invitaron a participar de una mesa de investigadoras, cuyo centro estaba en reflexionar sobre las complejidades de ser mujer en un mundo que es masculinizado. Una de las cosas que me sorprendió entonces era cómo todas las mujeres del público, así como expositoras compartían muchas de las experiencias de desigualdad de género, muchas de las cuales nosotras mismas investigamos. Dentro de estas experiencias, quizás una de las más transversales era la percepción de que quiénes estábamos ahí, habíamos llegado a ser investigadoras “a pesar de ser mujeres”: después de una carrera plagada de obstáculos, desde una educación que no fomenta el pensamiento científico en las niñas, de autoridades de las universidades con poca visión de género, jefaturas poco comprensivas, colegas académicos hombres que acosan, invisibilizan y/o denostan aportes de las académicas mujeres, rumores malintencionados en caso de las mujeres en posiciones de poder. Sin número de situaciones, que se hacían sobre todo evidentes cuando las investigadoras se convertían en madres. Acá las brechas en los currículum (hojas de vida), competitividad en los proyectos de investigación, número de publicaciones se hacía insalvable. Con todo el peso de criar ¿Cómo investigar y publicar?

Esto es algo que me pasó a mi también. Tuve dos hijos. Era investigadora, dirigía un programa de posgrado y a la vez tenía el cuidado principal de dos bebés, pues vivía sola con ellos. Dependía y dependo completamente del cuidado externo, ya sea de cuidadora o de guarderías, cuando estaban enfermos simplemente no podía cumplir mis responsabilidades laborales. Por más que intentaba, siempre quedaba algo que resolver. Dormía mal, estaba agotada, pero las evaluaciones de desempeño académico no por eso eran menos duras. Y si bien las cumplía, era

a costa de mi propio bienestar. Yo creo que todas las madres investigadoras podrán reconocerse en ese relato de trabajar y criar al límite de una misma, sobre todo con una pandemia de por medio que empujó el cierre de nuestra única red: los sistemas de cuidado de niños.

Por otro lado, las brechas que me generaron el tiempo de pre, posnatal y lactancia difícilmente eran reconocidas en las evaluaciones científicas, todas muy competitivas y muy “meritocráticas”, pero ciegas a un hecho sumamente claro: cuando hay desigualdad, no existe el mérito, sino sólo el privilegio. El privilegio de tener tiempo ininterrumpido para escribir, para elaborar propuestas, para descansar bien, para viajar a congresos y exposiciones, para preparar una buena docencia, para publicar y hacer redes. Privilegio hoy concentrado mayoritariamente en académicos e investigadores hombres, aunque por supuesto podemos reconocer excepciones y se comprende también que esto no es responsabilidad de individuos, sino de sociedades. Hasta el día de hoy, cuesta instalar en el debate cuán diferente es la carrera de investigación científica en las mujeres y el por qué deberíamos generar políticas específicas para reducir las brechas, pese a toda la evidencia que lo indica. En parte por inercia, en parte por lo difícil que es desbaratar privilegios que están revestidos de la idea de “mérito” en las mismas instituciones y académicos. Ojalá logremos avanzar en esto en el futuro. No sólo es necesario, sino justo.

Carmen Ibáñez: familia o carrera, una de las decisiones más brutales en la vida de una mujer

Vengo en paquete, muchas veces lo he dicho. Soy madre, tengo tres hijos bajo mi cuidado, entonces sí me toca de manera personal el tema de las desigualdades asimétricas que tenemos como género dentro de la academia.

Hago mi carrera en Alemania que precisamente está visto desde afuera como un país de mucha igualdad, lo cual refuto fuertemente porque tiene una academia bastante masculina, basta echar una mirada a las estadísticas para corroborarlo. Alemania es lastimosamente una nación donde muchas mujeres tienen que decidir si formar una familia o seguir con su carrera. En este sentido, lo que estoy siempre tratando de mostrar es la necesidad de que las financiadoras tengan más

voluntad para apoyarnos a las mujeres en temas de investigación. Lo veo como un asunto de voluntad política porque creo que los fondos existen. Clara muestra de ello es mi investigación con CALAS en este momento. Ahora realizo un trabajo de campo de casi seis meses fuera de Alemania, acompañada de mis hijos. La logística es muy alta, por lo que la voluntad para brindar apoyo a las mujeres que estamos dentro de la academia lo debe ser más. Hoy puedo decir que sí es posible hacerlo. No deberíamos tener que agradecerlo, pero claro que se agradece la oportunidad.

Me alegra que CALAS haya tomado este enfoque de apoyo práctico para que las mujeres que hemos decidido materner podamos seguir con nuestras carreras. Lo resalto desde la propia forma de organizar los formularios, donde tienen las casillas para poder decir “sí, tengo acompañantes”. Todavía hay muchas financiadoras que no incorporan esos modelos. Esas pequeñas cosas son señales de que se empieza a abrir un camino.

Pero insisto, las estadísticas hoy todavía no acompañan al discurso de igualdad que se proclama. Falta un camino muy largo por recorrer. Cada día más- y esto lo veo de cerca, pasa que mujeres, (sobre todo aquellas que empiezan con la investigación, con sus procesos doctorales), tienen que tomar una de las decisiones más brutales a las que se enfrenta una mujer: formar una familia o seguir con su carrera.